

EL COMERCIO.

Año XL.

Viernes 27 de Enero de 1882.

Num. 13.228.

CADIZ 27 DE ENERO.

En la baja de nuestros valores públicos tiene poca parte la crisis política que acaba de surgir en Francia, donde parece próxima á eclipsarse la estrella republicana de Gambetta, sin que nadie acierte á predecir lo que habrá de venir despues de él, dada la falta de hombres de alta talla en la nacion vecina, y dada tambien la caida moral de las instituciones, no ya las que hoy constituyen la manera de ser de aquel país, sino las que han regido antes sus destinos. La verdad es que en las circunstancias actuales, ni la república, ni la monarquía, ni el imperio, tienen allí condiciones de vitalidad para desenvolverse.

Compréndese, pues, que una crisis como la que hoy padece en peligro la existencia ministerial y la influencia política de Gambetta, haya producido cierto pánico en la Bolsa de Paris y nos explique tambien perfectamente que este pánico se haya trasmitido á la de Madrid, por mas que aquí nuestra situación política sea menos alarmante que la de la Francia.

Pero hay además, respecto á España, otro motivo de desconfianza que debe influir en el movimiento de nuestros fondos, y es, como ya lo digimos ayer, la nueva carga que se impone al presupuesto por el arregio de la deuda que acaba de pactarse, sin la seguridad, sin la probabilidad, siquiera, de que haya recursos con que sufragarla.

En esto, como en tantas otras cosas, los planes económicos y financieros del Sr. Camacho están llamados á causar una honda perturbacion en el país, porque en virtud de ellos, despues de haberse consumido, con la operacion de las deudas amortizables, el único recurso que habia aquí disponible para nivelar los presupuestos, vamos á encontrarnos en la triste necesidad, ó de volver á crear el mismo déficit que creíamos ya estinguido, ó de imponer á los pueblos gravámenes exorbitantes muy superiores á las fuerzas contributivas de la nacion.

Apenas han empezado á plantearse los nuevos presupuestos y ya se oye en todas partes un clamor general contra los recargos del subsidio industrial y de comercio, del impuesto de consumos y del timbre ó papel sellado. Esto y el aumento incesante de empleados en las dependencias de Hacienda, sin contar la nube de investigadores del subsidio que no ha venido todavía y la otra nube de liquidadores de derechos reales que ha de venir tambien, está produciendo un gran malestar en las poblaciones y creando un profundo disgusto, de que naturalmente tiene que resentirse la bolsa, que sufre siempre las consecuencias de todo lo que afea ó conduce á alejar la esperanza de una situación holgada para el tesoro.

Son en realidad tardias las quejas de las clases contribuyentes, porque el momento oportuno de exponerlas era aquel en que el Sr. Camacho sometió á las Cortes sus proyectos y en que la prensa independiente dió á conocer los graves inconvenientes que habrian de ofrecer en la práctica. De nada, empero, se hizo caso entonces. Alucinada la opinion con la baja del descuento de los empleados y de las clases pasivas, con la supresion de los portazgos y con la reduccion del porte de las cartas en el correo, todo el mundo se dió á publicar alabanzas en

loor del ministro de Hacienda, como si hubiera descubierto la cuadratura del círculo ó hecho algun otro prodigio superior á la capacidad del vulgo de los mortales. Y no hubo una mala exposicion que se dirigiera á las Cortes en reclamacion de agravios por los recargos que iban á sufrir los impuestos. Y las Cortes lo aprobaron todo casi sin discusion, como si se tratara de la cosa mas natural y mas sencilla. Y se oyeron como música instantánea, como música de partido las moderadas protestas que salian de los bancos de la oposicion liberal-conservadora contra las mal meditadas innovaciones del Sr. Camacho.

Ahora que aquellos veinte y tantos proyectos se han convertido en otras tantas leyes, que tienen, cosas tales, carácter obligatorio, ahora que el mal no admite, al menos por el momento, fácil remedio, ahora es cuando empieza á oirse la voz dolorida del país contribuyente que clama porque no se le agovie mas de lo que ya está agoviado por los pesados tributos que paga. Es tarde para enmendar la obra del Sr. Camacho; pero no es tarde para sembrar en la opinion pública gérmenes de disgusto y de malestar, que son causa de desaliento en las operaciones bursátiles, por cuanto dejan en problema la probabilidad de una situación clara y despejada para el porvenir de nuestro crédito.

Las noticias de Paris son graves. La comision de reforma constitucional ha dado dictamen, y el dictamen es contrario al proyecto del Gobierno. Mr. Andrieux fué el encargado de la lectura, y el trabajo de la comision, despues de aceptar lo propuesto sobre reforma del Senado, desechaba el escrutinio de lista, ó sea la eleccion por grandes circunscripciones, fundandose en que no se debia sustituir el poder de la nacion con el poder personal.

Una tempestad de aplausos acogió el dictamen de la comision. Era esta actitud un voto anticipado; pues á los aplausos siguieron las aclamaciones y los vivas, que resonaban dolorosamente en los oídos del Gobierno y de su presidente, acostumbrado durante tantos años á que todo se doblegara ante su voluntad. Quizá este es el secreto de su derrota.

La discusion empezaría ayer Juéves, y siendo ya indudable la dimision del Ministerio, lo que se discute en Paris es si la presentará desde luego ó si sostendrá arrogantemente la discusion ante la Cámara. El duelo entre Gambetta y sus hechuras parece formidable.

No es extraño que á *El Imparcial* le diga su corresponsal que jamas caida de Ministerio ha producido tanta sensacion. Paris estaba animadísimo; los bonaventuras llenos de una gran muchedumbre; la gente se arrancaba los periódicos de las manos. Casi todos se pregonaban con la dimision de Mr. Gambetta; pero tiene éste todavía mucha fuerza, y no es posible presumir lo que sucederá.

Aunque caiga, aunque el poder vaya á Freycinet, ó á Brisson, ó á Ferry, ó á Waddington, que representan matices muy diversos, podrán resistir la oposicion del que se consideraba como árbitro de los destinos de la Francia?

Esta nacion, dice *La Epoca*, nos tiene acostumbrados á la facilidad con que se deshace de sus favoritos de la víspera; pero en esta cuestion concreta de la reforma constitucional no estamos seguros, á pesar del lenguaje casi unánime

de los periódicos y de la actitud de las Cámaras, que la opinion pública sea del todo desfavorable á Gambetta.

LA LIBERTAD EN PELIGRO.

Los republicanos benévolos han hecho un descubrimiento notable, el de que la libertad está en peligro.

Y esto ¿por qué? Porque el Sr. Lopez Dominguez no ha sido nombrado capitán general de Castilla la Nueva. Nadie sospechaba, que al final de la calle Mayor, en el edificio de los Consejeros, frente al café de Venecia, es donde se decide si en España ha de haber ó no libertad.

Pues así nos lo dice *El Globo*. Según el diario posibilista, «el fracaso de la candidatura del general Lopez Dominguez, para la capitania general de Madrid, ha proyectado mucha claridad en el campo de la política, sobre todo, si se recuerda lo acontecido en España en los años de 1856 á 1868.»

Y, despues de recordar lo sucedido entre esas dos fechas, agrega *El Globo*, aplicando el ejemplo á la situación actual, que no hubo falta de prevision ciertamente al ser llamado al poder el partido fusionista, que hasta ahora no estaba fundido en definitiva; «los elementos—sigue diciendo el colega—demasiado liberales que representa el duque de la Torre, no ofrecian las seguridades necesarias para dar á su partido plena posesion del gobierno, y necesitaba éste una fianza, que prestó el general Martinez Campos, fianza en la cual debian estar comprendidos el ministerio de la Guerra, la capitania general de Madrid, el ejército del Norte, la direccion de Infantería y el gobierno civil de Madrid, y tal vez algun otro destino de gran importancia militar, debiendo ser el general Martinez Campos el provisor de esos cargos, que el 8 de Febrero se previeron en el difunto conde de Valmaseda, el general Quesada, el general O'Ryan y el conde de Xiqueña, reservándose la cartera de guerra el héroe de Sagunto.»

Siempre, según *El Globo*, los «constitucionales no hablan de tener intervenciones ninguna en esos puestos, y tal fué la dificultad original con que empezó á funcionar el gabinete presidido por el Sr. Sagasta, pues claro es que esas atribuciones exclusivas del fiador, no podian proclamarse *urbis orbis*, y contra ellas habian de protestar, en termino primero, aquellos por quien fueron otorgados, y, en general, todos los buenos de los constitucionales, que, con su tradicional candidez, aguardaban montes y maravillas.»

Asegura luego *El Globo* que ni «las declaraciones de Linares ni las conferencias del general Lopez Dominguez, cuyos esfuerzos solo han alcanzado *colocaciones pasivas para algunos generales de abolengo liberal* y la vuelta de otros al servicio, ni el descontento de la mayoría, nada ha bastado para lograr que la fianza se levante, y al hacer el supremo esfuerzo el Sr. Albareda en el Consejo en que se trató del nombramiento de capitán general de Madrid, tuvo aquél que incluir la frente ante la arrogancia del fiador D. Arsenio Martinez Campos.»

Ahora bien: *El Globo* habla á seguida de una *Linea*, destinada, sin duda alguna á separar dos campos, á indicar donde terminan una política, un sentimiento y una adhesion y donde empiezan otra política y otro sentimiento y otra adhesion.

Esto nos parece que significa la *Linea* de que habla *El Globo*, á juzgar por estas palabras del colega: «De 1856 á 1868, estaban del lado allá de la *Linea*, en primer término, los progresistas, cuyos jefes eran Olózaga y Prim, Sagasta y Ruiz Zorrilla; desde el célebre Consejo de ministros están en idéntico caso el duque y Lopez Dominguez, Balaguer y Romero Ortiz, dentro, sí, de la mas estricta legalidad; pero sin esperanza remotísima de carteras, ni de mandos militares.»

El Globo, en vista de todo esto, plantea la cuestion, considerando á reducida

a saber quiénes se quedan de la *Linea* acá y quiénes pasan la *Linea*, creyendo el diario posibilista que, si el temporal arreciara, optaría tambien por lo segundo el Sr. Sagasta, cayendo, según tiene ofrecido solemnemente, del lado de la libertad.

El Globo termina aconsejando á todos que mediten para adoptar luego cada cual «el temperamento que crea mas beneficioso á la ventura de la patria.»

Hemos terminado con *El Globo*. Abrimos ahora *El Progreso* y leemos lo que sigue:

«Al ver lo que de algun tiempo á esta parte esta pasando; al observar el giro que cada vez mas descaradamente se imprime á la política ministerial, no podemos menos de preguntarnos: ¿qué significa esto? ¿á dónde se encamina el juego de que está siendo victima el país? ¿qué ministerio obedece el veto que Martinez Campos y Sagasta oponen á los hombres políticos mas caracterizados del partido constitucional, así civiles como militares, á los que han permanecido siempre fieles á la libertad, á los que no niegan cobarde é hipócritamente su abolengo revolucionario, á los que no transigirian nunca con pérdidas insinuaciones, ni se dejarían seducir por artemos balagos, ni entrarían por nada ni por nadie en transacciones con su conciencia política? ¿Por qué razon se anima y se contrarresta la influencia del único ó de los dos únicos ministros que han dado indicios de abrigar propósitos pausibles?»

La conciencia pública está ya formulando la respuesta; ya empieza á sentirse el rumor creciente de los que declaran en sospecha veheméntísima de que vuelven los malos tiempos, de que se confía el mando á los liberales, como en otras épocas se hacia con el partido progresista, á reserva de resistir el francodesarrollo de la política liberal, y de oponer muy luego á las mas naturales y legítimas aspiraciones de los hombres sinceros y de buena fé de la situación, aquellos tradicionales obstáculos, que parecen hoy habilidades ingeniosísimas, y solo en el día de la catástrofe se alcanza á comprender que no eran sino una serie de lamentables equivocaciones de torpezas insensatas ó de supercherias, provechosas al parecer, pero necesariamente fustadas cuando llega el desenlace final de la comedia.»

Tambien dice *El Progreso*:

«¿A dónde, pues, se nos conduce? ¿No vé el Sr. Sagasta que en 1882 esta realizando mausamente el Sr. Martinez Campos su segunda hazaña? ¿Es acaso cómplice de la política de los obstáculos tradicionales? ¿No teme que le pregunten sus constitucionales: *qué has hecho de la libertad y de nosotros?*»

Hechas todas estas citas, queda justificado por qué hemos dicho que, según los republicanos benévolos, la libertad está en peligro.

No queda menos justificada nuestra afirmacion de que para probar la existencia de ese peligro solo alegan los republicanos benévolos el hecho de no haber sido nombrado capitán general de Castilla la Nueva el Sr. Lopez Dominguez. Barajan nombres y cargos y circunstancias mas ó menos pertinentes al asunto; pero la base de su argumentacion, el eje de la demostracion es el mencionado.

Como *El Globo* aconseja á «todos» que mediten, nosotros tambien hemos meditado sobre esta particularidad. Se nos han ocurrido reflexiones variadas. Algunas son de tal índole, que las omitimos. Solo diremos, procurando no mentar nombres ni para bien ni para mal, que el reciente desconsuelo de los constitucionales avanzados y de los republicanos benévolos, es un síntoma grave que debe llamar la atencion de los monárquicos sinceros.

Nos duele que se lleve la política al ejército, y nos duele mucho mas que, al llevarla, se observen ciertos fenómenos. Es triste, es casi siniestro, que para los cargos militares tengan candidatos los republicanos, en una situación monárquica, y cuando es el Rey, con arregio á las leyes, el jefe del ejército.

